

Caravanas de migrantes y refugiados centroamericanos. Un feminismo para abrazar las fugas de quienes buscan preservar la vida

Amarela Varela Huerta¹

Recibido: 9 de noviembre de 2019/ Aceptado: 30 de junio de 2020

Resumen. En este trabajo se presentan los resultados de un proceso de investigación sustentado en el acompañamiento y la escucha activa realizado en el marco de las Caravanas de migrantes y refugiados en tránsito por México, caravanas integradas en su mayoría por familias de desplazados por el terror de la violencia generalizada, la miseria, la impunidad y regímenes políticos dictatoriales; éxodos compuestos por contingentes de entre dos mil y doce mil personas –según la caravana concreta– que atravesaron América Central entre octubre de 2018 y abril de 2019, intentando alcanzar la frontera sur de Estados Unidos para “entregarse” a la Patrulla Fronteriza de ese país como demandantes de asilo político y/o refugio. Caravanas que fueron primero confinadas a la franja fronteriza del norte de México por meses y, desde abril de 2019, desarticuladas con base en estrategias abiertamente militares por la recién creada Guardia Nacional del gobierno mexicano. **Palabras clave:** caravanas de migrantes; éxodo centroamericano; familiarización de los flujos de transmigrantes; interseccionalidad; mujeres migrantes.

[en] Caravans of Central American migrants and refugees. A feminism to embrace the flight of those who seek to preserve life

Abstract. This paper presents the results of a process of research based on accompaniment and active listening carried out within the framework of the Migrant Caravans and refugees in transit through Mexico, composed mostly of families displaced from the terror of widespread violence, misery, impunity and dictatorial political regimes. This exodus was composed of contingents of between 2 thousand and 12 thousand people –per respective caravan– that crossed Central America between October 2018 and April 2019. These caravans sought to reach the southern border of the United States in order to “surrender” themselves to U.S. Border Patrol as claimants of political asylum and/or refuge. These Caravans were first confined for months along the border in northern Mexico and, since April 2019, have been dismantled with military strategies by the newly-created National Guard of the Mexican government.

Keywords: migrant caravans; Central American exodus; familiarization of transmigrant flows; intersectionality; migrant women.

Sumario. 1. A modo de introducción. 2. El otoño caravanero que desacomodó la gramática de las migraciones en Mesoamérica. 3. Auto-etnografía, situando mi lugar de enunciación. 4. El contexto de este texto. Las caravanas de migrantes, los éxodos de desplazados. México como país tapón. 5. De viacrucis religioso a movimiento social. La caravanización de la transmigración como apuesta política radical. 6. ¿Qué son las caravanas de migrantes? Un intento por comprender la potencia política del acontecimiento. 7. A modo de conclusión. 8. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Varela Huerta, A. (2020). Caravanas de migrantes y refugiados centroamericanos. Un feminismo para abrazar las fugas de quienes buscan preservar la vida, en *Revista de Antropología Social* 29(2), 245-255.

1. A modo de introducción

En octubre de 2018 el mundo entero siguió con asombro, indignación, desconsuelo y empatía el éxodo forzado de por lo menos veinte mil “migrantes”, “desplazados”, “fugitivos”, en su mayoría hondureños que huían de la miseria y la violencia, de las maras, de las consecuencias de las sequías, de la dictadura de Juan Orlando Hernández y de las maquilas. El éxodo esta-

ba conformado sobre todo de familias hondureñas, pero entre los caravaneros también había estudiantes nicaragüenses huyendo de la represión política del régimen de Daniel Ortega; además, caminaron en ella salvadoreños, guatemaltecos y familias garifonas que acumulaban en el cuerpo diversos desplazamientos forzados.

El otoño caravanero es el periodo que comprende desde octubre de 2018 hasta abril de 2019, en donde se sucedieron un número aún no calculado de caravanas

¹ Profesora/investigadora, Academia de Comunicación y Cultura. Universidad Autónoma de la Ciudad de México amarela.varela@uacm.edu.mx

auto-organizadas de migrantes, deportados y solicitantes de asilo y refugio que intentaron atravesar Mesoamérica. Este éxodo tuvo lugar al margen de las redes de trata y tráfico coludidas con diversos agentes estatales en la región, lo que nos llevó incluso a proponer estas caravanas como nueva forma de transmigración en la región, si bien hoy desarticulada como opción para las familias centroamericanas que intentan la fuga. Hoy, migrar en caravana es imposible, por los confinamientos legales y operativos militares y policíacos para detenerlas en las fronteras de los países involucrados (Honduras, Guatemala, México y Estados Unidos).

Un año después de esos grandes éxodos del otoño de 2018, podemos afirmar que la Caravana de migrantes o el Éxodo centroamericano provocó un giro gramatical en tres universos concretos. El primero de ellos es el de las políticas migratorias, que no contemplaron la posibilidad de irrupción por parte de la agencia colectiva de migrantes, su caminar en masa. Los migrantes y demandantes de asilo hasta ese otoño migrante habían permanecido, y siguen hoy, confinados a través de acciones policíacas y militares; dicho confinamiento se sostiene en la premisa de que los migrantes son infractores de las leyes de extranjería de los Estados soberanos al haber desafiado las fronteras y las leyes para atravesarlas.

En segundo lugar, el otoño caravanero provocó un giro gramatical en el universo de la así llamada “industria de la migración”, en dos de sus esferas. Primero, en la industria del terror, que vio mermadas sus millonarias ganancias al carecer de clientes para redes de un polleísmo cada vez más atravesado por lógicas criminales transnacionales, además de desacomodar las lógicas de la industria del secuestro de migrantes pues resultaba imposible capturarlos mientras caminaban en masa, a plena luz del día y por las carreteras o rutas que se llenaron de prensa doméstica e internacional.

Una segunda esfera de la industria de la migración se vio trastocada, la que involucra la ayuda humanitaria y de acogida de estos transmigrantes que atraviesan toda Centroamérica hasta Estados Unidos. Este desacomodo se produjo por la masividad simultánea de los flujos. Albergues con capacidad para recibir decenas o centenas de migrantes por periodos de 3 a 5 días de estancia, solo para que los migrantes se recuperen del tramo recorrido a pie, en el lomo de los trenes de la empresa Ferrovía (la bestia) o en vehículos particulares y comerciales, se vieron en la necesidad de albergar al mismo tiempo a miles de migrantes –según la caravana entre dos mil y diecisiete mil al mismo tiempo– y ofrecerles comida, espacios para dormir y asesoría legal.

Finalmente, la Caravana o Éxodo centroamericano desacomodó la batería conceptual, las formas de narrar, comprender y explicar la transmigración de las que disponíamos en la academia del continente –me refiero al debate en castellano y en inglés–, que vio irrumpir masivamente, y como sujeto político colectivo, a familias desplazadas que desde la academia hemos retratado como víctimas de múltiples violencias que originan sus éxodos, así como las que padecen en el tránsito y los racismos que enfrentan como fronteras internas una vez se instalan en donde consiguen asentarse.

Así pues, tanto los gobiernos y las instancias supranacionales que gobiernan las migraciones, quienes vigilan las fronteras, quienes gestionan la ayuda humanitaria y el refugio solidario para transmigrantes y quienes narramos –intentando interpretar y comprender– esas migraciones, desplazamientos forzados y fugas de quienes intentan configurarse como solicitantes de asilo y refugio, seguimos intentando acomodar las gramáticas para nombrar la realidad y los dispositivos para gobernar las migraciones después de las caravanas de ese otoño migrante.

Este giro gramatical provocado por la agencia política migrante, que propongo entender como una novedosa forma de lucha migrante o movimiento social protagonizado por migrantes y refugiados, está pues en plena reconfiguración. Pero creo que podemos adelantar certezas mínimas, algunas pistas.

La primera y más importante es que las caravanas migrantes hicieron visible una realidad estructural: la familiarización de los flujos de transmigrantes por América Central. Es decir, si durante las décadas anteriores al siglo XXI las migraciones de centroamericanos y mexicanos a Estados Unidos estuvieron protagonizadas por varones en edad productiva, durante las primeras décadas de este siglo asistimos a la tendencia global de la feminización de los contingentes, alcanzando stocks migratorios de hasta 50% de presencia de mujeres en los colectivos de migrantes y refugiados de origen centroamericano instalados en Estados Unidos (Pew Center, 2010).

Luego vinieron las que la prensa y algunas academias validaron como “crisis de menores migrantes” haciendo eco de la retórica utilizada por Barack Obama, cuando fungía como presidente de Estados Unidos, para referirse a la fuga masiva de niños, niñas y adolescentes que migraban hacia los nortes donde están sus papás, o que emprendían la fuga incluso solos.

Este 2018, la caravana y las estadísticas de los diferentes Estados nación involucrados en el tránsito, la deportación y la detención de familias refugiadas y migrantes, confirman que estamos ante un flujo compuesto mayoritariamente por unidades familiares de diferentes características –madre con hijos, abuelas con nietos, padres con hijos y sobrinos, madres y padres con hijos, madres y padres con hijos y abuelos– caminando en masa desde las ciudades más violentas y pobres del mundo –San Pedro Sula, Tegucigalpa, San Salvador, Guatemala– hacia Estados Unidos. Y, en no menor medida, asistimos a la presencia masiva de niños y niñas caminando solas, atravesando el subcontinente para preservar la vida (Varela y McLean, 2019; Albicker, Bojórquez, Contreras *et al.*, 2019). Y a esta compleja realidad es a lo que proponemos nombrar como *familiarización de los flujos de transmigración* confinados en las franjas fronterizas que separan a México de Estados Unidos.

Los desafíos teóricos, metodológicos, éticos y políticos que plantean estos giros gramaticales, estas transformaciones, están apenas siendo vislumbrados por los actores sociales involucrados en las esferas arriba mencionadas. En ese sentido, este trabajo busca abonar pistas para ese reacomodo en las formas de narrar, de interpre-

tar, de acompañar las transmigraciones, aportando desde lo que hemos llamado ya desde hace más de una década la sociología de las luchas migrantes (Varela, 2008), un prisma que reconoce, desde la sociología de los movimientos sociales y de los movimientos migratorios, las diferentes estrategias de cuidado y organización colectivas, familiares e individuales para preservar la vida. Por eso, en las páginas que siguen ensayamos formas que intentan interpretar la agencia de estas familias migrantes para atravesar, como un virtual campo de refugiados en movimiento, una zona del mundo donde la violencia, la miseria, la impunidad y el neoliberalismo hacen escasear las palabras para poder nombrar esta larga noche y comprenderla.

2. El otoño caravanero que desacomodó la gramática de las migraciones en Mesoamérica

Como ya apuntamos, entre octubre de 2018 y abril de 2019, tuvieron lugar decenas de episodios caravaneros, o flujos masivos de personas migrantes y desplazadas que, usando estrategias de autocuidado colectivo y radical (Glockner, 2019), avanzaron a pie o en carriola, por aventones (*raids*) o usando la “bestia” desde ciudades, sobre todo hondureñas, hasta la franja fronteriza que divide México de Estados Unidos. Familias con niños de pecho, niños y niñas no mayores de 15 años caminando solos, pero abrazados por los miles de caravaneros que decidieron caminar en masa, fuera de las sombras, a plena luz del día por algunas de las carreteras más peligrosas del continente, caminos y tramas que unen el circuito del extractivismo minero con la distribución de la industria de la droga, atravesando las grandes urbes fincadas a merced de las maquiladoras de capital múltiple.

Con la boca abierta y el corazón en un hilo, académicos, periodistas, funcionarios de diversos niveles, pero sobre todo vecinas y vecinos, vimos pasar por nuestra rutina cotidiana contingentes de madres con niños en brazos, mochilas al hombro y la determinación de huir de pesadillas con una diversidad de actores y tramas. Algunos ayudaron a esos fugitivos con refugios y víveres siempre improvisados, siempre insuficientes; otros los “cazaron” y los deportaron, muchos los criticaron virtual y analógicamente, y hubo incluso quienes apedrearon a familias con niños que consiguieron llegar a Tijuana, en el norte de México y el sur de Estados Unidos.

¿Cómo comprender esta fuga masiva y auto-organizada? ¿A quién interrogarle sobre ellas si no había líderes reconocidos por todos? ¿cómo catalogarlo como un movimiento social de migrantes, si no había demandas uniformes o discursos colectivos? La intuición de la que partimos es que este otoño caravanero, además de crisis humanitaria, significa una novedosa forma de autodefensa migrante, y parece configurarse como una novísima forma de migración a escala global². Caminar en

grupos, sin dirigencias, pero sin traficantes tampoco, desafiando las leyes de extranjería de los países que los caminantes atraviesan sin otro propósito que preservar la vida. Y buscar una visibilidad mediática como forma de protección al mismo tiempo que de denuncia. Así pues, en este ensayo, y basándome en el acompañamiento de lo que llamamos “antropología de la emergencia” (Re Cruz, 2017), un ejercicio de caminar con ellos y enlazar voluntades, me interrogo sobre la naturaleza de esta nueva forma de agencia política migrante, que fue a la vez novedosa forma de transmigración y migración forzada.

Esta *antropología de la emergencia* es un campo a debate y en construcción, desde mi perspectiva es un quehacer intelectual que coproduce conocimiento con los protagonistas de los fenómenos sociales que comprende, ejerciendo una escucha activa y observación participante. Con esa coproducción de conocimiento se intenta abonar pistas, surcar caminos para que las cosas que se comprenden como injustas puedan ser nombradas y transformadas. Una antropología de la emergencia es la que apuesta por acuerparse del dolor y de la rabia de quienes el neoliberalismo produce como “expulsados”, “desechables”. Una antropología de la emergencia es la que se reconoce en la vulnerabilidad y la impotencia, pero que, al mismo tiempo, des/cubre, en la práctica de caminar preguntando, un mecanismo para sanar en colectivo y disputar el futuro como territorio.

Haciendo uso esta vez de la propuesta epistémica de la interseccionalidad feminista, intento resolver las preguntas motoras que inspiran esta reflexión: ¿son las caravanas migrantes una rebelión contra el gobierno global de las migraciones? ¿qué imaginario político se pone en marcha en el acto de caminar en masa persiguiendo la vida? ¿qué palabras, conceptos, marcos referenciales sirven para leer estos procesos y comprenderlos en su complejidad? ¿cuáles de estos marcos quedan desbordados, y cómo abrazar, además de con la solidaridad hacia los caminantes, este novedoso fenómeno social desde la socio-antropología que piensa los movimientos sociales en lo contemporáneo?

Para ello uso tres estrategias metodológicas emparentadas con la antropología de la emergencia: la auto-etnografía para situar el lugar de enunciación de la intérprete, la deriva investigativa³ (Osorio y Rojas, 2011; Pantera Rosa, 2004) para caminar con los caravaneros, y el telar epistemológico⁴ para pensar estas insurgencias

² En este sentido resulta relevante reconocer las coincidencias que este otoño caravanero en Mesoamérica tuvo con la Marcha por la vida o los diferentes episodios que tuvieron lugar en la así llamada “Crisis de refugiados en Europa” durante el 2015; véase Tazzioli, Garelli y De Genova, 2018.

³ “Deriva: concepto tomado de los Situacionistas (1957), entendida como una actividad lúdica colectiva que busca investigar los efectos psíquicos que el contexto urbano produce en los individuos. Es una construcción y experimentación de nuevos comportamientos en la vida real, la materialización de un modo alternativo de habitar la ciudad. Para este estudio se definieron los efectos psicológicos como las sensaciones, percepciones y emociones captadas (...) en su recorrido por el territorio, que se dejan llevar por situaciones imprevistas.” (Osorio y Rojas, 2011: 46)

⁴ Esta categoría la propongo como consecuencia de mi participación en ejercicios de “telares narrativos” de colectivos feministas, donde la palabra sirve para nombrar y para sanar. Ejercicios donde a partir de preguntas disparadoras las participantes compartimos modos de ver y sentir y de los cuales se produce un telar o texto narrativo que, anonimizando las voces, produce una imagen concreta en torno a las preguntas planteadas. Desde mi perspectiva, este ejercicio practicado por nuestras abuelas para trazar los mapas de nuestra existencia amenazada por la colonialidad del ser, del saber y del poder, puesto

migrantes desde los marcos interpretativos de los feminismos no hegemónicos.

3. Auto-etnografía, situando mi lugar de enunciación

Este trabajo es posible gracias al espacio de escucha, contención, imaginación teórica y aprendizajes colectivos que fue para mí el Diplomado de Estudios Feministas de la UACM. De ahí que parta con el desafío primero que comprendí en nuestras sesiones: situar nuestro lugar de enunciación (Haraway, 2018) es también transparentar el tipo de ciencia social que hago y la utilidad social del mismo que persigo (Levins Morales, 2004: 64).

Mi abuela fue india que se desplazó caminando a los 7 años desde Nopalucan, Puebla, a la capital de ese estado para fugarse de la violencia de un padrastro y la miseria del campo mexicano previo a la revolución zapatista de 1910. En Puebla capital, Asunción Parra Adata, mi abuela Chonita, trabajó desde su infancia en una fonda donde aprendió a cocinar ricos manjares que nos preparaba cotidianamente a sus nietas, ya cuando había conseguido “formar” a sus hijas como profesionales, décadas más tarde. Además de manjares, mi abuela Chonita nos heredó sus historias de explotación y racismo, de pasión por la lectura prohibida a las indias de su tiempo, pero que ella practicaba con disciplina férrea desde que aprendió a leer. De ahí que me interesen las migraciones, que me indigne la miseria y la violencia que ocasionan las fugas de miles de familias y que hoy me duela el desplazamiento forzado de los pueblos de Mesoamérica hacia Estados Unidos.

Investigo las migraciones desde que yo me desplacé de México a España, para estudiar un doctorado, como pretexto de un autoexilio para pensar mi realidad, la del foxismo neoliberal que sustituyó a la dictadura perfecta (el Partido Revolucionario Institucional o la derecha mexicana) en el México de principio del siglo XXI. Fue gracias al habitar un cuerpo migrante en una metrópoli racista (Barcelona) que, además de descubrir el privilegio epistemológico de vivir la migración, me comprometí a hacer de las luchas migrantes no solo el objeto de mis reflexiones teóricas como socióloga, sino que desde entonces tomo parte de luchas antirracistas para defender el derecho que tienen los migrantes a “pertenecer” social y políticamente a las comunidades donde migraron, en las que se atoraron o a las que fueron deportadas.

Por eso, desde el año 2001 y hasta la fecha he investigado las migraciones, el desplazamiento forzado, la deportación y el exilio, siempre intentando realizar etnografías de largo aliento, participando primero en las luchas de los migrantes en España, caminar que me llevó de periodista que “frelanceaba” para diarios mexicanos experiencias de migrantes poscoloniales en España, a miembro activa de asambleas de migrantes que defendíamos con encierros en iglesias y edificios

en práctica por los colectivos feministas, puede ser una estrategia de construcción de epistemologías no hegemónicas. Para pensar, tejiendo muchas perspectivas, problemas concretos de nuestra realidad social. Para una reflexión teórica más compleja sobre los telares narrativos véase Rivera (2017) y LITIN (2013).

gubernamentales, huelgas de hambre y de sed, y un activismo cotidiano, lo mismo dando clases de castellano a los compañeros urdus, punjabis de Pakistán o amazigues de Marruecos, que organizando manifestaciones, charlas, fiestas en torno a nuestro derecho a ser reconocidos como sujetos de derecho, nuestro derecho a “tener derechos”.

En 2008 volví a México, al de la guerra que nos declararon el gobierno de Felipe Calderón y los cárteles de la droga a todos, pero sobre todo a todas las mexicanas. Desde entonces, acompaño biografiando las luchas de organizaciones de migrantes o de colectivos que practican la hospitalidad radical para centroamerican@s que se fugan de la miseria y la violencia. Como hace más de cien años lo hizo mi abuelita Chonita.

En octubre de 2018, mientras la guerra en México seguía su curso, vi caminar por las calles en las que transitamos mis hijos y yo la vida cotidiana, a otras familias como la mía, iban a pie, con los bebés enganchados a los pechos, niñ@s en carriolas. Era la que llamaron “Caravana Migrante”. Presencé el desplazamiento de casi veinte mil personas (si sumamos las diversas caravanas que pasan desde entonces por México hacia el Muro).

Participé como madre, como intérprete, como exmigrante, del abrazo raquíctico, pero colectivo y radical que quienes vivimos en este país frontera les ofrecimos a l@s desplazad@s del terror y el neoliberalismo. Y desde ahí desde donde hablo, sentipienso e imagino con otras y otros intérpretes, migrantes, desplazados y deportados, pistas interpretativas para comprender las luchas de los migrantes, para explicar sus fugas, para reventar mi imaginario político bien marxista, ahora un poco feminista. Es desde el dolor, la rabia, la esperanza y la duda desde donde escribo este y todos los ejercicios analíticos que he enfrentado (literalmente) para describir, comprender, analizar y explicar (en la medida en que voy entendiendo yo misma) los efectos, los ecos, los espejos de esta nueva forma de autodefensa migrante que es la caravana, o el éxodo que es objeto de este trabajo.

4. El contexto de este texto. Las caravanas de migrantes, los éxodos de desplazados. México como país tapón

El 19 de octubre de 2018 los medios masivos de información se llenaron de imágenes, sobre todo de imágenes, porque la narración articulada vino al día siguiente, en las que se mostraban familias, mujeres y niños, abuelos y abuelas con bebés en pañales irrumpiendo, desobedeciendo, las leyes de entrada y permanencia en México para extranjeros, con sus cuerpos como única herramienta, en el final del puente fronterizo entre México y Guatemala.

Del lado mexicano vimos cuerpos de mujeres y niños gaseados, acorralados por policías con escudos antitotines, una valla metálica a media asta. Antes de esa tarde, confusa, que todavía empaqueto en mi memoria como llena de zozobra, habíamos recibido postales de compañeras guatemaltecas sobre el paso de la que ya todas llamábamos la Caravana Migrante. La filósofa guatemalteca Gladys Tzul-Tzul escribió contando, visible-

mente afectada, que había visto pasar por las calles de la ciudad de Guatemala “un río de gente”, de familias, de niños y niñas, que los guatemaltecos habían intentado apoyar, llevando comida y ropa, pero, más allá de lo inmediato, afirmó que nunca había visto una procesión de esa naturaleza. Es el neoliberalismo pensé, todavía en clave de dolor.

Días más tarde, tuve pesadillas con la imagen del abuelo cargando a su nieto en pañales, atorado en el alambre de la valla fronteriza. Ese hombre, pensé por horas, tenía el mismo rostro que los sirios que ilustraban las notas que recién había leído sobre el cierre de las fronteras de la vieja Europa en 2015. Estas imágenes, el hecho mismo de la caravana resultaba novedoso por la masividad de los grupos, pero también por su composición fuertemente feminizada y por la presencia de niños y niñas, que en la jerga de los estudios migratorios llamamos Menores Migrantes No Acompañados (MMNA). En los primeros días de esa caravana de octubre de 2018, los reportes eran confusos, unos decían que eran siete mil, los reporteros nos compartían balances de funcionarios de Protección Civil que incluso señalaban nueve mil personas ya agrupadas y auto-adscritas como caravaneros –con cifras que rondaban siempre entre el 35 y el 40% de mujeres y un 20% de niños y niñas migrantes según Albiker, Bojórquez, Contreras *et al.*, (2019)–.

Los caravaneros dormían en las plazas centrales de los pueblos y ciudades que atravesaban; en algunos de esos pueblos incluso, según nos compartió semanas más tarde una estudiante de uno de esos pueblos en un taller que impartimos con un colectivo de mujeres que habíamos participado en el acompañamiento de la caravana, no llegaban a ser tantos pobladores como caravaneros, y verles pasar, entrar en sus zócalos (plazas centrales), ver niños durmiendo a la intemperie, les impresionó como pocas cosas han impresionado a esos pueblos fronterizos. Todo era confuso, todo se te atoraba en la garganta, pero también, por fin, parecía, las víctimas del Plan Frontera Sur se habían rebelado contra la violencia infligida contra los migrantes (Varela, 2018).

La primera semana de su tránsito por México, el 24 de octubre de 2018, en el municipio de Huixtla, en Chiapas, la reportera de Periodistas de A Pie, Ángeles Mariscal⁵ reportó, con un video que probaba el hecho, que los caravaneros fueron rociados con insecticida mientras dormían en las calles centrales del pueblo, por órdenes del presidente municipal. Ese ejercicio que llamaron de “cerco sanitario” se aplicó por igual a varones, a mujeres, a bebés y niños, durmiendo todos a la intemperie.

Las imágenes captadas por el equipo de periodistas de familias enteras rociadas en plena noche, me recordó las salas del museo del holocausto que visité en Ámsterdam años antes. No pude evitar comparar las imágenes de las familias del éxodo, con la de los judíos que sobrevivieron a los campos de exterminio nazi y que regresaron a la que fuera su ciudad, donde estaban sus

propiedades y sus recuerdos, y en la que a la entrada de la ciudad fueron rociados de insecticidas. En el pie de foto, en ese museo holandés, leí que hubo sobrevivientes que murieron por paros cardíacos, “de susto” traduje en mi cabeza, al descubrir que los volvían a rociar como en el campo de exterminio nazi del que consiguieron salir vivos. En ambos casos, los alcaldes de la ciudad de Ámsterdam y de Huixtla, cuando respondieron a los cuestionamientos sobre por qué fueron rociados los sobrevivientes, arguyeron que por “miedo a que se esparcieran enfermedades contagiosas”.

A pesar de los cercos policiales, en la primera caravana el gobierno federal ofreció, y cumplió, con la promesa de libre tránsito, pero ningún apoyo logístico en materia de traslado. Los gobiernos municipales y estatales se comportaron de maneras diversas, tendiendo, por ejemplo, “puentes humanitarios” como el de la Ciudad de México, que desplegó un esfuerzo combinado con organizaciones civiles para albergar por semanas a las caravanas en un recinto deportivo al aire libre, habilitado como albergue temporal, donde se ofreció comida, atención médica y asesoría jurídica –si bien faltaba abastecer de medicamentos el albergue y la logística se complicaba en la medida en que el flujo de caravaneros se complejizaba–. También hubo respuestas como la del gobierno de Jalisco –en el occidente del país–, que realizó maniobras de desvío de los contingentes de la caravana para evitar la presencia de grandes contingentes de desplazados en las principales localidades de su estado.

A esa primera caravana la abrazaron muchos esfuerzos, respondieron personajes públicos y ciudadanos comunes desde sus redes estudiantiles, de vecinos, colectivas feministas, organizaciones civiles, redes eclesiales de base y congregaciones religiosas de todo tipo. Pero a esta caravana respondieron igualmente tratantes y polleros, con postales que parecían enviar mensajes de castigo ejemplar para quienes se habían atrevido a prescindir de sus servicios (Varela y McLean 2019). Reaccionamos todos. A destiempo, unos asertivamente, otros de forma tardía y descoordinada, pero definitivamente esa primera caravana interpeló al entramado institucional, organizacional, académico y mediático que ha dado seguimiento al fenómeno de la transmigración centroamericana desde la década pasada y que, hoy por hoy, se configura como un verdadero engranaje institucional que mueve millones de pesos –lo que los estudiosos de la migración llamamos Industria de la migración–.

Y es que, otra vez, los caravaneros definitivamente desafiaron la gramática de la multitud, diría Virno (2003), multitud que se desplaza, completo yo. Porque si bien eran decenas de miles de personas transitando a plena luz del día, los caravaneros representan un escaso número de personas en relación al volumen global de esta forma de migración; es decir, eran apenas unos veinte mil, en relación a un total de medio millón de intentos de tránsito que se registran en México en promedio cada año. Pero su caminar acuerpados descompuso la economía del terror que opera en torno a estos desplazados.

En esta primera caravana, además, se desordenaron los imaginarios de la migración, porque los caravaneros usaban las carreteras que el neoliberalismo tendió para

⁵ Véase: “Trabajadores de Chiapas rocián con insecticida a caravana migrante; Salud asegura que no es tóxico” en <https://www.animalpolitico.com/2018/10/rocián-insecticida-caravana-migrante-chiapas/> (Consultado en mayo de 2019)

el “desarrollo”, o la descampesinización en Mesoamérica. Es decir, a la contra del imaginario colectivo, los caravaneros no abordaron “la bestia”, más bien caminaron, por días, y en otros trechos, universidades, redes eclesiales o ciudadanas les proveyeron transporte terrestre. En algunos casos hubo contingentes nutridos perdidos en montañas que todos hacíamos controladas por los cárteles de la droga y el ejército, y que, pese a las bajas temperaturas de las noches de otoño, sobrevivieron y reaparecieron, otra vez en nodos familiares, para ir a recalar todos al confin fronterizo que sacó los dientes: Tijuana, en donde el alcalde conservador los declaró públicamente “non gratos”, e incluso parte de la ciudadanía binacional, que usa a Tijuana como dormitorio porque trabaja “del otro lado”, demostró su abierto rechazo a los caravaneros, entre otras cosas por las consecuencias en el cierre de garitas migratorias por horas, una de las medidas con las que respondió el gobierno de Estados Unidos al desafío caravanero.

Después del arribo y el atorón en esta ciudad fronteriza, llegaron las noches de frío y balaceras a media noche en la zona roja donde el ayuntamiento de Tijuana decidió instalar el albergue, siempre temporal, para familias que pasarían meses en él. Y vino el tiempo de *impasse*, de la espera, de la confusión y la desarticulación. “El final de la caravana” dijo el periódico *El Faro*⁶.

Medianamente organizados, los caravaneros llegaron a navidades intentando asaltos colectivos, públicos y mediatizados de las garitas fronterizas. Para entregarse en familia a la patrulla fronteriza estadounidense. Otros, varones solos sobre todo, aceptaron pasar mochilas con “cosas” para que se les abrieran los túneles de la economía transnacional de la droga. Ya atorados, ahora sí que algunos caravaneros contrataron polleros, que de igual forma los abandonaban en medio de la nada. Otros más optaron por solicitar refugio al gobierno mexicano, el de López Obrador, que se declara de izquierda y que por entonces prometía en sus conferencias de prensa de las mañanas, “derechos, trabajo y trato digno” para los migrantes. Otros caravaneros cayeron en las manos de la policía local, para ser extorsionados y torturados, entregados a migración y deportados a donde había comenzado su éxodo: Honduras, Guatemala, El Salvador. Pero muchos consiguieron pasar y hoy ensayan formas de permanecer en Estados Unidos, con grilletas que los identifican como en espera de juicio, o de plano sobreviviendo al margen de la economía y engranajes legales que los producen como ilegales para sobre-explotarlos. En fin, hay tantas historias como miembros hubo en el éxodo. Definitivamente, esta primera caravana se configuró como un hito para las familias de barrios pobres en América Central que llevaban años intentando capitalizarse para la fuga, así, en familia. Impagable si se calcula que cada cruce desde San Pedro Sula ronda los 15 mil dólares.

Meses después de ese hito o cambio gramatical, las caravanas fueron, primero, recibidas con tarjetas de tránsito por razones humanitarias —el gobierno de López

Obrador llegó a expedir hasta doce mil de las mismas—, hasta llegar a enfrentarse con ingenierías de confines migratorios, cortinas de contención policial para evitar que llegaran a las ciudades fronterizas, ya abiertamente hostiles a las caravanas, que han observado cómo se endurecen las respuestas municipales, estatales y federales ante este ejercicio de autodefensa migrante.

Es decir, de octubre de 2018 a la actualidad —2019—, hemos presenciado de todo. Desde la tímida puesta en práctica de medidas de carácter humanitario, hasta la abierta separación de familias, deportación en masa y en caliente delante de los medios de información que, por otro lado, al cabo de repetirse por miles lo que en octubre fue novedoso, dejaron de priorizar las coberturas de las caravanas, otra vez relegando la migración a la nota roja de sus diarios.

Hoy, al cierre de este texto, los migrantes atrapados en los que ellos llaman “ciudades cárceles”, para referirse a la franja fronteriza al sur de México donde se quedaron atrapados en la transitoriedad, muchos de ellos encerrados en centros de detención que no permiten el acceso para defensores de derechos humanos ni para la prensa, y otros más sobreviviendo a la intemperie sigue intentando acuerparse en caravanas, pero hoy, estas son desarticuladas con estrategias de contención militar⁷. Además, los polleros van delante y detrás de los caravaneros, cazando clientes y dejando en claro que las rutas las controlan ellos en coordinación con los agentes migratorios. A los medios de información las noticias de deportaciones masivas, en “caliente” y extrajudiciales ya no les resultan noticiables, y las organizaciones, los académicos y los periodistas estamos todos procesando el día a día y actuando en luchas de poder, cual sociedades del discurso (Foucault, 1992) que se disputan la posesión de la verdad sobre el fenómeno de lo que han llamado la “caravanización de la transmigración”.

5. De viacrucis religioso a movimiento social. La caravanización de la transmigración como apuesta política radical

Las caravanas de migrantes no son un fenómeno nuevo, tienen lugar desde la década pasada inspiradas por un discurso religioso del Viacrucis en el que definitivamente no profundizaré debido a mi laica manera de habitar la vida, y, por lo tanto, profunda ignorancia sobre el origen de ese mito fundador del Viacrucis cristiano. El tema es que las caravanas comenzaron en clave de actos simbólicos y se celebraron en diversas ocasiones desde la frontera sur, con el apoyo de albergues de origen religioso y organizaciones pro-migrantes que hicieron visible, a través del discurso bíblico y las efemérides católicas, las violencias que padecen los mesoamericanos en su tránsito hacia Estados Unidos por parte de redes

⁶ Martínez, Carlos. 30 de noviembre de 2018. “La caravana migrante llegó al fin de su camino”. En *El Faro*. Consultado en junio de 2020

⁷ Para junio de 2019 habían sido desplegados ya veintidós mil agentes de la Guardia Nacional en México, repartidos por todo el país para “gestionar la migración segura, ordenada y regular”. Véase, Arista, Lourdes. 20 de julio de 2019. “Guardia Nacional ha desplegado 21,000 elementos para contener la migración a Estados Unidos” en *El Financiero*.

de trata y tráfico de personas, de la policía y los agentes migratorios, de la delincuencia común y desorganizada, de los pueblos y barrios que, como dice Rodrigo Parrini (2018) reconocen en los migrantes el aura del desterrado y ensañan sus fobias contra quienes identifican en mayor indefensión.

Estas caravanas primero ideadas y puestas en marcha por religiosos que sostienen los albergues del sursureste que reciben a migrantes, un nombre por cierto que creo que deberíamos matizar pues estos sitios se han convertido en virtuales campos de desplazados, pusieron en marcha y demostraron la efectividad de una imaginación política de fácil aprehensión y traducción para los pueblos, las instituciones y los medios de comunicación de los territorios que atravesaron las muchas caravanas que desde el gobierno de Felipe Calderón apelaban a la mística cristiana del éxodo de un pueblo que busca la vida.

Pero también, como toda buena idea y práctica política, la caravana como estrategia de autodefensa migrante cobró vida más allá de los administradores de la hospitalidad radical, los albergues y la industria de la solidaridad para con los migrantes. Configurando nuevas subjetividades políticas, como la de los caravaneros y los acompañantes de ese esfuerzo, un crisol de identidades políticas diversas, que van lo mismo desde monjas centroamericanas formadas en espacios herederos de la teología de la liberación, colectivos anti-racistas, antropólogas que investigan militando, o jóvenes a los que por alguna milagrosa razón las luchas migrantes los atraparon e interpelaron para poner en ellas su pulsión y su imaginación política.

En el año previo a la gran caravana que atrapó los ojos del mundo entero, la de octubre de 2018, se habían registrado dos caravanas, organizadas ya por los propios migrantes, al margen, diría yo, de la red de albergues, si bien todas las caravanas previas a la de octubre de 2018 tomaban lugar una vez sus integrantes estaban dentro de territorio mexicano. Fueron acompañadas por una organización binacional llamada Pueblo Sin Fronteras, pero de ninguna manera operadas o ideadas por dicha organización. Los migrantes se reconocían y conectaban y concretaban acuerdos, como hoy lo hacemos todos, a través de redes sociales y chats en las que construían acuerdos específicos sobre dónde y cuándo comenzar a caminar juntos, por las carreteras y vías bajo el control de polleros de nuevo tipo, esos que responden a estructuras transnacionales del terror.

En sus ediciones anteriores, apoyándose en la infraestructura de la industria de la hospitalidad migratoria, estas caravanas conseguían llegar a la frontera norte de México, a Tijuana, para que sus integrantes se “entregaran” en grupo a la “migra”, o la *border patrol* estadounidense, en demanda de asilo político o refugio. Si bien también se enfrentaban a la detención y separación de sus miembros, hubo incluso una campaña para reagrupar a un bebé de 10 meses con su familia después de que estos pioneros caravaneros se entregaran a la migra. Pero, incluso cuando se alcanzaron contingentes de miles, los migrantes pudieron siempre entregarse y comenzar un proceso de solicitud de refugio.

Esta novedad en la imaginación política de los transmigrantes no pasó desapercibida para nadie. Los medios de información vieron en ellas una novedad que refrescaba los imaginarios, ya agotados para la audiencia, pero también para los productores de realidad noticiosa, de la Bestia, el tren de Ferrovías y las historias de terror y dolor que acabaron por saturar y naturalizar la violencia contra los migrantes. Para la administración de Trump tampoco pasó desapercibida la irreverencia de quienes, habiendo entrado a México sin los papeles, se jactaban de entregarse a la migración estadounidense en colectivo y sin la mediación de las redes de tráfico de personas.

Las caravanas de migrantes pasaron de ser una estrategia de autodefensa migrante imaginada por las tramas comunitarias que practican desobediencia frontal a las fronteras u hospitalidad radical, ambas subalternizadas en los discursos de “gestión de la migración”, a convertirse en un relato de formas de cruce exitoso, no costoso, colectivo y eficaz viralizado desde los medios de información masiva que se transmiten en las casa de las familias hondureñas, salvadoreñas, guatemaltecas, que vieron por televisión la historia de familias migrantes que viajaron en viacrucis y consiguieron atravesar la frontera norte de América Latina para internarse en Estados Unidos.

También ayudó a la viralización de la caravana como estrategia de lucha migrante, que Donald Trump fomentó al criminalizarla meses antes del otoño migrante. Entre los viacrucis de semana santa de 2018 y el de octubre del mismo año, Donald Trump, además de descalificar esta novedosa forma de desobediencia colectiva a las fronteras, la catalogó como una “amenaza para la seguridad nacional”; convirtiendo, así, esta subjetividad política colectiva en un actor protagónico para lo que ya se perfilaba como una “crisis migratoria sin precedentes”. Fue así como en los primeros días de octubre de 2018, las agencias de prensa internacional empezaron a reportar la conformación de una caravana migrante. Convocándose por redes sociales, sin organizaciones políticas reconocidas de por medio, incluso sin la intermediación de aparatos como la iglesia o las ONGs, núcleos familiares enteros construyeron la decisión de partir de sus barrios y fugarse de violencias y pobreza diversas. Con apenas lo puesto y herramientas para caminar hasta el norte del continente, los mesoamericanos que crecieron en las posguerras y que solo conocen el estado neoliberal que administra la miseria, emprendieron la fuga, para preservar la vida propia y la de sus hijos y nietas.

Y fue así como, primero apenas unos cientos de caravaneros, partieron, atravesaron pueblos caminando, pasaron hambre, sed, calor, miedo, desasosiego, sombra, cobijo, bienvenidas musicales –que eran a su vez despedidas, porque paraban apenas por horas, de las bandas de viento municipales de esos pequeños pueblos originarios que les vieron pasar–, comieron frijoles y recibieron frazadas de gente igual de pobre que ellos, miradas de asombro, complicidad, rechazo o estupefacción.

Fronteras, vallas, ríos, reporteros, fotógrafos, camarógrafos, camiones de redilas, trocas, pueblos fantasmas gobernados por los narcos, fumigaciones, vallas policiales que rociaron con gases lacrimógenos lo mismo a

niños que a bebés, a sus abuelas o a sus madres. Mujeres embarazadas que caminaron medio continente. Promesas de políticos para transportes que los “escupieran” de sus jurisdicciones, bloqueos de dichos ofrecimientos por parte del gobierno federal que, se dice, llegó incluso a amenazar gremialmente a transportistas si proveían a particulares o gobiernos estatales unidades para trasladar a los miles de fugitivos. Indignación, zozobra, miedo, rabia, cansancio, sueño, emoción, afecto, sed, hambre, amanecer entre extraños y familia. Un campo de refugiados en movimiento, dijo el periodista Oscar Martínez, huyendo de muchas guerras; un campo de refugiados en movimiento, completo yo, atravesando un país que vive diferentes realidades parecidas a guerras.

Fronteras internas y externas, sociales, relacionales y puestas en miradas y muecas de asco: todas, todas, consiguieron salvarse. Organizados en asambleas, por departamentos o países, con el acompañamiento fiel y continuado de las monjas y las antropólogas y los jóvenes juristas con chaleco verde. Presenciando la aparición furtiva de falsos profetas, fueran periodistas, exdiputados, curas o jóvenes activistas anti-fronteras. Asambleas de cientos en caravanas de miles. Micromachismos y macroviolencias de los propios caravaneros y de las instituciones que, por omisión o por acción, ojalá sean juzgadas o por lo menos señaladas cuando todas hayamos recuperado el aliento.

Nadie salió ileso. Las organizaciones civiles, los académicos, los medios comerciales y los “alternativos”, las instituciones gubernamentales, los ciudadanos. Todos nos quedamos cortos, porque resultaba muy difícil detenerse para poner el deseo, la pulsión y la imaginación política para traducir lo que veíamos: contingentes de niños y bebés, madres deshidratadas, caminando hacia un norte que antes de que llegaran había ya escupido por décadas a miles de miembros de familias con estatus legal mixto, a los que la ley de extranjería de EEUU separó de sus afectos, de sus comunidades, de sus trabajos, de sus certezas.

6. ¿Qué son las caravanas de migrantes? Un intento por comprender la potencia política del acontecimiento

Otra vez, propongo que el desacomodo provocado por el otoño caravanero es un giro semántico que todavía no encuentra signos precisos. Que, como todos los giros copernicanos, se resiste a dejarse cristalizar en nuevos paradigmas. Seguro que llegará el tiempo en que sus propias protagonistas nombren esta experiencia y la signifiquen densamente. Mientras tanto, conviene preguntarnos en qué manera interpelan las luchas de estas mujeres y niños, de esos padres con hijos en brazos al feminismo decolonial, latinoamericano, mestizo, prieto, del tercer mundo.

Partamos, pues, de dudas, ¿Qué parte de las fugas de estas mujeres son estrategias anti-patriarcales que abren horizontes de vida para quienes nos quedamos en donde nacimos, para quienes no migramos?, ¿cómo abrazamos esas luchas? Propongo partir de pistas, de entender la caravana desde cuatro prismas, ninguno de los cuales

acaba de nombrarla y atrapar su potencia de cambio, su disruptividad, pero que ofrece *líneas de fuga* para, con el tiempo, entender qué fue lo que pasó, qué provocó, qué transformó, en qué cristalizó este acontecimiento político sin precedentes.

Intuyo que las intérpretes de las migraciones, de los movimientos sociales, pero también las de feminismos latinoamericanos que estamos pensando “las guerras contra las mujeres”, como dice Rita Segato (2016), tenemos el desafío de resolver el enigma sobre en qué medida esta forma de autodefensa migrante se corresponde con una de las siguientes cuatro formas:

- a) La caravana como una Rebelión. Aquí el trabajo de Silvia Federici en torno a las rebeliones heréticas que se opusieron, hasta donde pudieron, a la transición epocal del feudalismo al capitalismo nos da muchas pistas. Luchas de sujetos no ideológicamente conectados, pero cuyas prácticas latentes, las de las mujeres y el autogobierno de sus cuerpos y sus recursos de sobrevivencia cotidianos, amenazaron al viejo y al nuevo régimen (Federici, 2004).
- b) La caravana como un movimiento social de mujeres preservando la vida. Y aquí creo que el feminismo comunitario, de Julieta Paredes y Adriana Guzmán (2014), y la lectura del sostenimiento de la vida por las tramas comunitarias, que hacen Gladys Tzul Tzul (2016) o Lorena Cabnal (2010), pueden explicar la caravana como una lucha de las mujeres por la vida.
- c) La caravana como una insurgencia. Pensar este acto político de autocuidado colectivo imaginado por los migrantes y que, como ya he insistido en este texto, provocó cambios en la gramática de la multitud, a un ritmo diferente que las luchas trans y posmodernas de la discoteca del posmarxismo, insurgencias más a la manera de los ritmos del *pachakutik* que nos dibujó Raquel Gutiérrez (2011). Luchas por la autonomía que aseguren la sobrevivencia al margen de la lógica de muerte del capitalismo neoliberal. Una forma política de lucha asociada más bien a los imaginarios de la comunalidad o de la política indígena que construye y reflexiona desde otras epistemes sobre la agencia política colectiva: actuar en común y para una autodeterminación de los pueblos más allá de los marcos estado-nacionales. En este sentido, la caravana sería un ejercicio de conformarse en cuerpo que camina desafiando las leyes que los Estados establecen para transitar, acuerparse en colectivo para atravesar territorios donde se gestiona con terror y muerte a quien intenta fugarse. Y practicando ambas formas de acción política con una voluntad de autodeterminación profunda, sin liderazgos ni vocerías individualizadas.
- d) La caravana como acontecimiento, en donde Jacques Rancière (1996) y sus nociones de lo político y la policía ayudan a descifrar en qué

medida hay insurgencia en las prácticas de fuga de las familias caravaneras.

- e) La caravana como una estrategia de autodefensa migrante, nuevo tipo de lucha migrante. Es una forma de re-categorizar mi propuesta de comprender la agencia política migrante como novísimo tipo de movimiento social (Varela, 2015), pero que, gracias al descoloque que ha provocado en mí el feminismo, no tengo claro si es suficiente o desborda el marco en sí mismo. Es decir, si bien he pensado en las dos décadas anteriores en torno a las formas de auto-organización migrante sostenida de la episteme de la sociología de los movimientos sociales, hoy, gracias al feminismo comunitario, mestizo, cholo y desviado del sur global, creo que esa episteme no alcanza para explicar esta estrategia migrante. Me parece que el discurso de la política liberal, la de la democracia y la ciudadanía como fantasías, es desbordada por las caravanas. Y que más bien sirve pensar esta forma concreta de lucha migrante como un ejercicio de autocuidado radical. El acuerpamiento colectivo como estrategia para fugarse del terror y la miseria. Estar juntas, caminar juntas, cuidarnos al estar juntas. Protegernos las unas a las otras, pues ni el Estado, ni el mercado, ni el patriarcado nos quiere vivas, sin miedo y libres. Como digo, un ejercicio político complejo para preservar nuestro derecho a seguir vivas y que nuestras vidas y la de nuestro@s hij@/s se puedan celebrar.

No alcanzo a, pero tampoco quiero, tejer en profundidad estas pistas, porque “sentipienso” que mi pulsión está puesta todavía en acompañar y biografar el caminar de los caravaneros de octubre y de las caravanas que vinieron después, pero también porque todavía no sé si quiero asfixiar toda la potencia política que tuve el privilegio de presenciar en el Éxodo Centroamericano, porque intuyo que las acciones políticas de los caravaneros no caben en esas categorías, y, sobre todo, no quiero atraparlas en ellas.

Es parte de mi devenir como feminista renunciar a la pulsión de la norma, de la categoría que atrapa la potencia de la práctica de fuga. Es rendirme al privilegio de que cuando la imaginación política se está renovando, conviene dejarla seguir el vuelo, no atraparla en probetas discursivas, básicamente porque no se dejará gobernar, castrar por la palabra que quiere cristalizarla. De ahí estas conclusiones con las que termino este trabajo.

7. A modo de conclusión

En el primero encuentro de mujeres que luchan, celebrado en Chiapas en 2017, las mujeres zapatistas acordaron seguir vivas. Desde mi perspectiva, las caravanas y las caravaneras que buscan con la migración preservar la vida, están, a su manera, cumpliendo con los acuerdos que todas las feministas decoloniales, del tercer mundo,

negras, chicanas, “kuires” y transfeministas suscribimos cuando se juntaron en ese encuentro⁸.

Termino pues con esta, que considero una crónica desde la retaguardia, que se basó en seguir el caminar de los caravaneros desde el terreno y desde el ciberespacio. Aproximaciones que son más preguntas desde un feminismo migrante y antirracista, un ejercicio de reflexión que busca agrietar los feminismos más instituidos para que se dejen atravesar por las experiencias de las familias migrantes, sus estrategias, sus luchas, sus devenires, sus dolores, sus rabias, sus pesadillas, sus sueños, sus formas de nombrar la barbarie y sus formas de sostener la esperanza, sus mecanismos para preservar la vida. Serán las muchas Guadalupe, como la primera bebé nacida en el éxodo mismo, mientras su mamá intentaba alcanzar el norte donde se puede vivir, quienes ya desde las universidades mexicanas y estadounidenses narren los éxodos que protagonizaron sus familias.

Confío en que estas futuras intelectuales orgánicas (Levins, 2004) podrán narrar las genealogías de las luchas de sus abuelas y sus madres para mantenerse con vida, quienes narrarán, pasados los años, los relatos de las violaciones, el encierro en hieleras —o celdas de los centros de detención en EEUU— donde las separaron de sus familias.

Serán estas niñas y niños hoy encarcelados en las así llamadas “*babyjails*” —centros de detención para niños y adolescentes en Estados Unidos— quienes nos contarán desde el arte, el periodismo, la academia, o en los lenguajes que elijan, las caravanas y sus consecuencias. Sus voces son las que harán audibles los años que vinieron después de la “creíble” o la entrevista para justificar su petición de asilo con jueces norteamericanos, el tiempo con el grillete que las convirtió en instrumentos de delación, en literales dispositivos necropolíticos sembrados en comunidades que las evitaron por el miedo de ser ellas mismas detenidas y deportadas.

Guadalupe, sus amigas, sus primas que llegaron después con coyote, o las que la estaban esperando del otro lado del muro, serán ellas las que nos cuenten, en sendos trabajos autobio y etnográficos qué carajo fue la caravana migrante en el marco de las cuales sus madres, sus hermanas, sus primas y ellas mismas consiguieron el derecho a seguir vivas y, si bien explotadas y creciendo en medio de sociedades hiper-racistas, también felices, festejando la vida entre la diáspora en Estados Unidos.

Hasta que estas niñas, y todas las que sobrevivan a las “hieleras”⁹ y las cortes de asilo, a la deportación y la separación familiar, consigan consolidar un lugar de enunciación y sus madres hayan conseguido digerir el éxodo, no sabremos del todo bien qué pasó en ese momento histórico que propongo entender como radical giro gramatical, en donde las víctimas

⁸ Véase: La Palabra Zapatista en el PEIM. En Luchadoras <https://www.youtube.com/watch?v=vIAphvGwko8>. y “Decidimos vivir”. En Rompeviento TV. https://www.jornada.com.mx/2019/11/01/opinion/024a1pol?fbclid=IwAR0YpegACmpL1qxmz_HH-yhubU88L-PxdddC-z2SJKIKJbDoCPvw1tEvXadA, consultados en octubre de 2019

⁹ Hasta 2019 se tenían contabilizados más de 5 mil niños encarcelados en centros de detención en EEUU separados de sus familiares (Castillo, 2019).

se volvieron “caravaneras” y nos enseñaron a muchas mujeres, madres, hijas, compañeras, que ellas, a su manera, también estaban dando cabal cumplimiento al acuerdo que resonó por entre montañas y fronteras, ese que construyeron las zapatistas. Hasta entonces, valgan estas notas que intentan digerir en tiempo real la estupefacción que provoca ver un campo de refugiadas en movimiento, atravesando un país en donde cohabitan muchas guerras, muchas de ellas que tienen a nuestros cuerpos, los de las mujeres y los niños, como principal objetivo.

Sirvan pues estas notas, como una más de las muchas crónicas que intentan narrar con coherencia el acontecimiento político más importante en materia de migraciones del último cuarto de siglo en la Mesoamérica devorada por el extractivismo y el neoliberalismo caníbal. Para que esos relatos de las niñas que hoy siguen encerradas puedan narrar sus genealogías de lucha, las formas en que consiguieron sobrevivir al terror neoliberal de los confines fronterizos, y que esos relatos sean validados como verdades productoras de epistemologías, intuyo, hace falta un activismo epistemológico de nosotras las feministas, transfeministas.

Intuyo que hace falta que “migranticemos” la agenda de los feminismos comunitarios, intuyo que es necesario que interpelemos a nuestras compañeras feministas a mirar las migraciones de las mujeres y sus hijos e hijas, en caravana o con coyote, o por reunificación familiar, o por desplazamiento forzado, como un tema prioritario para la agenda política y del conocimiento del feminismo decolonial, del tercer mundo, negro, chicano, catracho, mestizo, prieto. Al mismo tiempo, intuyo, también hace falta que “desmigranticemos” la mirada sobre un movimiento que es, antes que transmigración, fuga y desobediencia colectiva.

Por eso digo que este ensayo, y los que vienen, serán eso, ensayos para ir construyendo un feminismo más, el que piense, abrace, se convierta en cómplice, y narre las fugas de quienes, al huir de la violencia del amante, el secuestro del sicario, las jornadas legales de trabajo esclavo en un *Walmart* o una maquila, el hambre y las dictaduras, están desafiando la guerra contra las mujeres, al capitalismo y al patriarcado. Mi intuición es pues que hace falta que ensayemos en coros un feminismo migrante y antirracista que practica de muchas maneras una apuesta radical por la vida, como muchos otros feminismos que hoy vibramos todas en América Latina.

8. Referencias bibliográficas

- Albicker, Sandra; Bojórquez, Ietza; Contreras, Oscar F.; *et al.* (2019). *La caravana de migrantes centroamericanos en Tijuana 2018-2019 (Segunda etapa)*. Tijuana, Baja California: El Colegio de la Frontera Norte.
- Cabnal, Lorena (2010). “Acercamiento a la construcción de la propuesta de pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala”. En VVAA. *Momento de paro. Tiempo de rebelión. Miradas feministas para reinventar la lucha*. Montevideo: Minerva Ediciones, 116-134.
- Castillo, Guillermo (2019). “La violencia y la crueldad como estrategia de disuasión. Niños migrantes detenidos y separados de sus familias”. *Rebelión*, 1 de noviembre de 2019. En línea <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=262012> (Consultado en noviembre de 2019).
- Federici, Silvia (2004). *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2004.
- Foucault, Michel [1970]1992. *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Glockner, Valentina (2019), “Las caravanas de migrantes como estrategia de movilidad y espacio de protección, autonomía y solidaridad para los adolescentes centroamericanos”, *Iberofórum*, 27: 145-174.
- Gutiérrez Aguilar, Raquel (2011). “Los ritmos del Pachavita: Cómo conocemos las luchas de emancipación y su relación con la política de la autonomía”, *Desacatos*, (37): 19-32.
- Haraway, Donna (2018). *Manifiesto Cyborg. Ciencia, tecnología y feminismo socialista finales del S. XX*. Buenos Aires: LETRA SVUDACA EDICIONES.
- Levins Morales, Aurora, 2004. “Intelectual orgánica certificada”, en VVAA, *Otras inapropiables, feminismos desde las fronteras*. Madrid: Traficantes de Sueños, 63-70.
- LITIN (Laboratorio de Ideas y Textos Inteligentes Narrativos) (2013). “El telar de las palabras libres”, *Maíz* (3) Universidad Nacional de la Plata: 39-41.
- Osorio, Henry; Rojas, Edilsa (2011). “La cartografía como medio investigativo y pedagógico”, *Dearq*, 9: 30-47.
- Pantera Rosa (2004). “Moverse en la incertidumbre. Dudas y contradicciones de la investigación activista”. En Malo, Marta (2004). *Nociones comunes. Experiencias y ensayos entre investigación y militancia*. Madrid: Traficantes de Sueños, 191-205.
- Paredes, Julieta; Guzmán, Adriana (2014). *El tejido de la rebeldía, ¿Qué es el feminismo comunitario?* La Paz: Comunidad Mujeres Creando Comunidad.
- Parrini, Rodrigo (2018). *Deseografías. Una antropología del deseo*. México: UAM-UNAM.
- Rancière, Jacques (1996). *El desacuerdo: política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- ReCruz, Alicia (2017). “Antropología de Emergencia en el trabajo con menores y mujeres centroamericanas en busca de asilo”. *Astrolabio. Revista Internacional De Filosofía*, 19: 207-217.
- Rivera García, Mariana Xochiquétzal (2017). “Tejer y resistir. Etnografías audiovisuales y narrativas textiles”. *Universitas*, XV (27): 139-160.
- Segato, Rita. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Tazzioli, Marina; Garelli, Glenda; De Genova, Nicholas (2018). “Autonomy of Asylum? The Autonomy of Migration Undoing the Refugee Crisis Script”. *South Atlantic Quarterly*, 117 (2): 239-265. ISSN 0038-2876.
- Tzul Tzul, Gladys (2016). *Sistemas de gobierno comunal indígena: mujeres y tramas de parentesco en Chuimeq'ena*. Guatemala: SOCEE, Sociedad Comunitaria de Estudios Estratégicos.
- Varela, Amarela. (2018): “La rebelión de las víctimas del Plan Frontera Sur”. *Animal Político*, 13 de noviembre de 2018, (en línea, consultado en noviembre de 2019)

- (2015) “Luchas migrantes”: un nuevo campo de estudio para la sociología de los disensos”. *Andamios. Revista de Investigación Social* 12 (Mayo-Agosto).
- (2008) “Migrant struggles for the right to have rights: three examples of social movements powered by migrants in New York, Paris and Barcelona.” *Transfer: European Review of Labour and Research*, vol. 14, no 4, p. 677-694.
- Varela Huerta, Amarela; McLean, Lisa. (2019). “Caravanas de migrantes en México: nueva forma de autodefensa y transmigración”. *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, n.º 122, p. 163-185.
- Virno, Paolo, (2003). *Gramática de la multitud: para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Madrid: Traficantes de Sueños.